

quierda latinoamericana debe superar sus dos vicios fundamentales: el reduccionismo clasista y el aventurerismo voluntarista. *La lucha por romper estas limitaciones es una lucha a la vez teórica y política que habrá del librarse a lo largo de América Latina en la próxima década. De ella habrá de surgir un auténtico marxismo latinoamericano, profundamente consustanciado con la tradición popular y democrática de nuestros pueblos*". (Subrayados míos). Y haciendo justicia al precursor y gran pensador político peruano, añade: "La simiente representada por la reflexión solitaria de Mariátegui habrá de dar, en este sentido, todos sus frutos potenciales".

Artículo publicado en el periódico El Universal, el 13 de junio de 1979.

NICARAGUA: AL DIA SIGUIENTE

Para la guerrilla nicaragüense el triunfo de su misión específica marcará el comienzo apenas de la verdadera guerra. Una guerra en la que son otros los que pelearán, y en la que ellos —los sandinistas— serán codiciada presa. Porque con tanto prestigio y respeto ganados más allá de sus fronteras, y con la aureola de mártires que les han impuesto los de su propio pueblo, no es cosa de decirles: "Bueno, ahora que ya hicieron el trabajo sucio, no los necesitamos más. ¡Váyansel!", consumándose así, una vez más, la conocida mediación primero, y anulación después, de todos los impulsos populares libertarios en América Latina. Como la excepción ha sido Cuba, lógicamente es el temor a "otra Cuba" lo que estará detrás de los gritos histéricos de los unos, y de las prudentes manifestaciones de los otros; unos porque ven amenazados sus negocios; otros porque quisieran hacerlos ellos. (Aunque ahora habría que distinguir entre una prudencia "reaccionaria" y otra "revolucionaria".)

Ciertamente es hora de entusiasmarse con los triunfos que van logrando los sandinistas; de indignarse por la hipócrita defensa de los derechos humanos que efectúa Carter; de juzgar el oportunismo tanto de la iglesia como de los partidos socialdemócratas de la Internacional Socialista; de aplaudir la valiente postura del gobierno mexicano; de ponderar la proyección en Centroamérica de Cuba, Jamaica y Granada; de despreciar la pusilanimidad de los gobiernos integrantes del Pacto Andino; de otorgarle más crédito moral al gobierno panameño; de denunciar el CONDECA (Consejo de Defensa Centroamericana), y de admirar a la digna —y fuerte en su debilidad— Costa Rica.

No puedo dejar de rematar estos comentarios con unos juicios de Laclau a manera de programa para la que —según él— sería una verdadera izquierda latinoamericana contemporánea: "Las piedras angulares de esta transformación teórica y política habrán de ser dos consideraciones estratégicas fundamentales: 1) la concepción de la lucha de clases del proletariado como la lucha nacional y popular hegemónica, y 2) la concepción de esta transformación democrática como una lucha a largo plazo, como una guerra de trincheras a través de la cual se modifica la relación de fuerzas entre las clases y se crea una fusión creciente entre socialismo y democracia".

Todo aquello está muy bien; pero estaría mejor si se conocieran algunos de los móviles ocultos de tan diversas actitudes. Algo así como si se contemplaran a través de sus respectivas radiografías.

Decir "los sandinistas" es referirse a mucha gente. A pesar de la necesidad e importancia de efectuar un análisis cuidadoso de las fuerzas sociales que los constituyen, para efectos de este artículo basta conocer la existencia entre ellos de las clásicas corrientes moderadas, oportunistas y ultraradicales para prever la bomba que estallará en su interior a más o menos corto plazo (si no ha estallado ya)¹. Y esto independientemente de señalar las manos interesadas en contribuir a que explote más pronto.

La posición oscilante de Carter es fácil de entender: está atrapado entre la necesidad de encabezar la corriente más avanzada (económica y políticamente) del capitalismo en plena crisis de transformación hacia un nuevo modelo de acumulación y de organización del sistema, de un lado; y del otro, por la necesidad de no perder votos y apoyos electorales entre las corrientes menos conscientes políticamente, o más lesionadas económicamente, del capitalismo norteamericano. Como un aspecto parcelado del conflicto global, el régimen de Carter pareciera inclinarse por jugar en América Central la carta de la Democracia Cristiana: cómo funcionará ésta, bajo su nombre o con otro, en Nicaragua, es lo que está por verse.

Para muchos católicos militantes y pensantes, América Latina significa la única posibilidad de supervivencia y de futuro de la iglesia tradicional y de fe en su integridad. (Los anticlericales pesimistas posiblemente estén lamentando "un socialismo infectado de fanatismo religioso" en Polonia, mientras los anticlericales optimistas seguramente siguen celebrando la existencia de

¹ La bomba estalló: se llama Edén Pastora (Nota posterior).

nuestro patio encuentra eco en el reforzamiento o en la transformación de la vieja tradición populista latinoamericana. No es casual entonces que el ya tan visto Felipe González —sin duda más eficaz embajador de la socialdemocracia europea que Willy Brandt— sea obligado huésped de todos los partidos políticos latinoamericanos de estirpe populista: Acción Democrática, en Venezuela; APRA, en Perú; Partido Liberal, en Colombia; Liberación Nacional, en Costa Rica; PRI, en México; todos actualmente en el poder, con excepción del oscurecido partido de Liberación Nacional costarricense, y del envejecido APRA peruano, el que, sin embargo, obtuvo recientemente espectaculares triunfos electorales.

La izquierda latinoamericana, por su parte, ha sido sacudida por transformaciones aún más profundas en medio de desgarramientos internos. A la anterior pérdida de ilusiones en la capacidad liberadora de las burguesías “progresistas y nacionalistas” (el fracaso real —no formal— de los populismos), a la conciencia de la imposibilidad de repetir el fenómeno cubano, y a la asimilación de la derrota de la “vía chilena”, se ha añadido el paulatino debilitamiento de las ataduras al centro revolucionario mundial hegemónico por rechazo creciente a las castrantes posiciones estalinistas. Así pues, las izquierdas latinoamericanas están hoy libradas a sus propias fuerzas y, salvo aquellas que sucumbieron o se fosilizaron durante sus respectivas crisis, están autorremodelándose a tenor de las circunstancias contemporáneas.

En este punto de mi exposición vuelvo a los oportunos conceptos del investigador argentino ya citado. Afirma Laclau que si se quiere democracia y socialismo a la vez, “la unión de ambos debe liberarse en el seno mismo de la sociedad capitalista”. De acuerdo con esto, sigue diciendo Laclau, “debe buscarse un auténtico marxismo consustanciado con la tradición popular y democrática de nuestros pueblos”. Como quien dice, la izquierda debe arrancar a los regímenes populistas sus demagógicas banderas para darles un contenido real.

Previamente el investigador argentino había definido las ideologías populares democráticas como surgidas “en un ámbito muy específico que debe ser escrupulosamente diferenciado del antagonismo de clases. Este último se constituye al nivel de las relaciones de producción, en torno a las relaciones de explotación, en tanto que el antagonismo popular democrático surge en el campo de las relaciones de dominación, las cuales son expresión de la oposición entre las masas y el Estado”. El mismo Laclau se cuida de puntualizar que en este caso está utilizando el término “Estado” como “la forma general del Estado, en tanto portadora del principio de dominación” y que de ningún modo dicho término engloba “las diversas formas específicas de

Estado que corresponden siempre a un principio objetivo de clase”.

A la pregunta del entrevistador: “Si la ideología popular democrática no tiene un contenido directo de clase, ¿cómo puede ser recogida por un movimiento que si lo tenga?”, el entrevistado contestó: “[...] Se explica por la doble articulación del discurso político[...] la doble referencia al *pueblo* y a las *clases*. Justamente porque la lucha de clases tiene lugar en un terreno recientemente dominado por contradicciones populares es por lo que sólo puede consistir en un esfuerzo por articular los símbolos ideológicos populares democráticos a sus objetivos de clase. Mao Tsetung luchó por arrebatar a Chiang Kai-shek las banderas populares del nacionalismo chino y presentar al comunismo como realizador histórico de estas últimas. Gramsci presenta a la clase obrera italiana como la realizadora de las tareas incompletas del *risorgimento* y como heredera de la tradición popular y democracia de Mazzini y Garibaldi.

“El movimiento de Fidel Castro encuentra su síntesis en una fórmula democrática: ‘Patria o muerte’. *Es precisamente cuando el poder articulador de una clase ha pasado a ejercer en toda el área de los antagonismos democráticos, cuando ha logrado presentarse no bajo la forma de un purismo clasista, sino como síntesis del conjunto de las luchas populares, que decimos que esa clase es hegemónica*”. (Subrayados míos).

En relación con este último juicio añade el autor: “. . . los regímenes populistas latinoamericanos que intentaron movilizar las masas para un proyecto de capitalismo nacional nunca lograron constituirse en fuerzas hegemónicas y sucumbieron antes de haberse modificado radicalmente la relación de fuerzas en la sociedad. En consecuencia, las reformas populares y democráticas que intentaron, quedaron en buena parte como proyectos irrealizados”. Abundando en los juicios de Laclau, podría añadirse que tales intentos populistas quedaron como “socialdemocracias” frustradas; su fracaso —como “socialdemocracias”— se debe a la debilidad de las fuerzas del trabajo (debilidad numérica, ideológica y política) y el apoyo que recibieron las fuerzas del capital por parte del imperialismo.

Más adelante dice, en la que me parece la más importante afirmación suya: “. . . Esas ideologías populares y democráticas, desligadas crecientemente de toda forma de hegemonía burguesa, se han radicalizado más allá de lo tolerable para cualquier sector de las clases dominantes: se abre, entonces, para la clase obrera y el socialismo, la posibilidad de hegemonizar esas luchas”. Pero ¿cómo llevar a la práctica esta proposición teórica? —se preguntará el lector. El autor Laclau ofrece su propia respuesta: “Para esto la iz-

“una religiosidad permeada de socialismo” en Polonia, en Italia, en Francia, en España.) En Nicaragua se aprecia bien la división interna de la iglesia entre conservadores y progresistas (¿y ultrarradicales también?). La iglesia católica en general tiende a ser cada vez más determinante en los procesos políticos latinoamericanos.

La necesidad de los capitales europeos de penetrar más profundamente en América Latina y en otras partes, impulsados por la inexorable competencia que los obliga, ha hecho salir a la socialdemocracia de su *ghetto* europeo. Más que en ninguna otra región geográfica, la socialdemocracia encuentra en Latinoamérica base social para proyectarse: los partidos políticos de raíz o de intención populista, ya sean de viejo, ya de nuevo cuño. La cada vez más influyente Internacional Socialista ha estado en contacto público y directo con los grupos más importantes de los sandinistas. No es cosa de comentar —por obvios— el entusiasmo que despertó entre la izquierda mexicana, y el apoyo que conquistó entre el pueblo, la ruptura de relaciones diplomáticas entre el gobierno mexicano y el desgobierno nicaragüense. Menos obvia —en parte por discreta— es la aquiescencia burguesa a la decisión presidencial que, por cierto, no pareciera haber sido tomada tan precipitadamente como muchos suponen. No es precisamente desde ayer, sino más o menos desde anteayer, que en Centroamérica —y en buena parte de Sudamérica también— se viene hablando del “imperialismo mexicano”. Tales habladurías quizá las justifique quien se tome la molestia de investigar el monto de la inversión de capitales mexicanos en la región, y de conocer las esperanzas puestas por empresarios centroamericanos y mexicanos en el fortalecimiento de sus interrelaciones futuras. En Nicaragua el escollo principal para dinamizar la economía es, como se sabe, la codicia multimillonaria de la familia Somoza. De aquí la adhesión de la clase empresarial nicaragüense a la lucha popular contra el tirano sangriento y rapaz. Es éste, pues, uno de esos raros aspectos felices en que coinciden los intereses de todos: de la izquierda, de la burguesía y de los gobiernos democráticos en los países latinoamericanos que, al calor de la lucha contra Somoza, dan pasos de acercamiento entre ellos. Y coinciden hasta el imperialismo, porque las compañías trasnacionales son las primeras interesadas en la integración económica de zonas o de regiones enteras.

En cuanto a los países andinos, ¿cómo podría esperarse de un régimen como el de Colombia, por ejemplo, rodeado de guerrilleros propios y sitiado por lo tanto por sus propias fuerzas armadas, que rompiera con Somoza? Hacerlo hubiera significado legitimar la lucha guerrillera de los sandinistas. Bastante hicieron ya, éste y otros gobiernos que se vieron, se ven o se verán en parecidas circunstancias, con prometer “apoyo a Costa Rica en caso de ser invadida por Nicaragua” (por Somoza). Fue una manera indirecta de ayudar al pueblo nicaragüense —sin comprometerse con los sandinistas— al desbaratar las maniobras de Somoza para internacionalizar su ya desesperada guerra. ¿Por qué lo hicieron? Son gobiernos que sinceramente luchan por sostener, establecer o restablecer condiciones democráticas en sus respectivos países, y que en determinada medida son antimperialistas, pero que de ninguna manera quisieran salirse del sistema capitalista. Y después de todo, la guerrilla es la guerrilla. . .

De la ayuda que los demás dictadores centroamericanos están ofreciendo a Somoza sólo cabe comentar: “Dios los cría y ellos se juntan”. La perla de Centroamérica es Costa Rica. Por eso quisiéramos ver su virginal pureza libre de toda sospecha de haber sido portavoz del imperialismo en la V reunión de la UNCTAD, en Manila, y no quisiéramos ver a su gallardo y democristiano presidente Carazo contribuir a la mediatización del impulso revolucionario del pueblo nicaragüense. (¿Será ésa la misión encomendada al democristiano canciller del gobierno democristiano de Venezuela?)

Casi seguramente fue Omar Torrijos quien definió la situación geográfica y la condición topográfica de Panamá como “los recursos naturales” más importantes de su país. Los nicaragüenses podrían decir lo mismo: Nicaragua compensa la mayor anchura de su territorio con un gran lago y su río desaguadero que ofrecen condiciones navegables y constituyen la contribución de la naturaleza a un proyecto canalero. La posibilidad de construir un canal interoceánico a través de Nicaragua cuenta entre las reservas estratégicas principales de Estados Unidos. De aquí el apoyo sostenido del Pentágono a Somoza durante tantos años. Y de aquí que se agite de vez en cuando el proyecto para chantajear a Panamá.

La proyección de la revolución cubana en el área en conflicto será el tema de un próximo artículo.